

ARENA

Pablo Andrés Escapa

Acostumbrados a las pulcras narraciones evangélicas, a la autoridad inercial de Lucas y Mateo, acaso hemos descuidado las diversiones amenas de los textos apócrifos. Nada hay que reprochar al oro, al incienso y a la mirra; nada estorban los camellos ni el desierto a nuestra presunción del Oriente, pero parecen torpe imagería al lado de las panteras perfumadas que sujetan los Magos en el inesperado evangelio de Ben-Abdelhis. Y no son las únicas alegrías, sin cambiar de página. A este sirio enemigo de los patriarcas de Antioquía, a quienes juzga culpables de todas nuestras fatigas, debemos una variación exquisita sobre la ofrenda de mejor acuerdo que recibió el Niño de Belén: aguas de soñar, espuma de Armenia y naranjas escarchadas. Ben-Abdelhis, «apóstata grosero», según sentencia de san Sofronio en Jerusalén, escribió su evangelio en el desierto, en la suprema hermandad de las arenas fértiles en visiones. Su prosa ignora los resentimientos del hereje desterrado; es atrevida pero atenta a la justicia del cuento. Y así, quiere Abdelhis que la Virgen devuelva el cumplido a aquellos príncipes de Oriente. La describe doblando uno de los pañales de Jesús para entregarlo a los recién venidos de Persia. «Tierno está el paño, y aún tibio», pronuncia la dueña sagrada. Y a señores tan principales, que llegaban con séquito de doce mil lanceros y babuchas ilustradas, les tiemblan las manos ricas en anillos al recibir la prenda humilde, «blanca como los corderos de Lucania», aventura el evangelista.

Ben-Abdelhis da continuas lecciones de armonía y es un gozo ir por las mocedades del Redentor viéndolo obrar según el sirio: «El niño Jesús, de cinco años de edad, jugaba en el vado de un arroyo, y traía las aguas corrientes a posar, y las tornaba puras en seguida, y con una simple palabra las mandaba». Luego, duran en el tiempo los milagros líquidos, que no hay más que pasar dos capítulos para que el feliz evangelista nos revele: «cuando Jesús tenía seis años, su madre le dio un cántaro y lo envió a la fuente. Tropezó el niño con la multitud y el cántaro se quebró. Entonces Jesús, extendiendo la túnica que lo cubría, la llenó de agua y la llevó a su madre sin derramar una gota». Con ese gusto oriental por la especiería y las artes todas de los sentidos, escribe Ben-Abdelhis que Jesús volvía a casa poniéndole música al campo, en mañana de pétalos sobre los tejados, y que dejaba al pasar un aroma de azafrán y tilos florecidos. Acaso olera tan bien y brillara el mismo sol otra jornada donde la tierra y el aire se concilian con esta escritura llena de prodigios. Porque cuenta Abdelhis que, amasando barro, formó el Niño una tarde de sábado doce gorriones iguales. Le reprocharon unos judíos la obra en día cedido a lo sagrado y Jesús, por avenirse con la ley, dio una palmada que fue señal para que alzarán los pájaros el vuelo hasta borrar la memoria de su creación, piando cielo adelante.

Estos tan hermosos milagros son ilustración de una felicidad, diríamos, melancólica. Y no es fácil saber si ese humor le conviene más al que vino a redimir el mundo que al que contó sus primeros pasos. Ambos eran sabedores de lo que traía cargada la historia por

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIII, 51 (octubre-diciembre, 2007)

venir. ¿Sería esa la razón de que Abdelhis se quedara en años mozos de Jesús y no en sus padecimientos de hombre hecho? A lo mejor vale pensar que el evangelista fuese ya viejo cuando tomó la pluma; y que entonces no quisiera saber más que de melancolías y deleites del espíritu atento a los días idos, y con ello, a imaginaciones de lo que pudo ser, y a inventarse vidas. Porque, el sirio, en su mejor desviación de las Escrituras, pinta un cuarto rey que adora al Niño en hora distinta de los tres partidos de Persia al primer canto del gallo. Este allegado gasta nombres varios: es El Ausente y es El Hombre, es El Que Camina y El Que Contempla. Se nos dice que alcanzó la cueva donde nació la luz a la hora tercera del día y que, al poner rodilla en tierra para adorar, olía a incienso.

Sobre esta condición del aire se erigieron ardorosas denuncias, epístolas que animaron condenas minuciosas contra el narrador apócrifo y razonamientos que, valiéndose del perfume traído a la línea, proclamaron el triunfo de los tres reyes de Mateo, más madrugadores en el portal que el mago de Abdelhis. La exégesis contra el sirio quiere que el incienso que el cuarto visitador reconoce, sea humo vagante de una copa previamente destapada por Gaspar. Pero esta conclusión ignora las nostalgias de Abdelhis, obligado por conjuras patrísticas a dejar su casa de Damasco y los zaguanes frescos al mediodía, donde el aire posa enredo de perfumes que basta mencionar para hacer ensalmo de las letras. Y así, más justo que denunciar un fraude en el cuarto visitador será ver en su figura un espejo del propio evangelista, que en sus últimos días fue, como su creación, habitante de la arena que confunde los pasos pero no borra la memoria. En su destierro, a Ben-Abdelhis le endulzaba las horas que la cueva donde nació el salvador del mundo oliera a incienso. También pudo decir que a grana de laurel y a limones.

A diferencia de los tres magos, que derivaron de estrellas sus saberes, el adorador de Abdelhis busca signos que rediman su existencia errante en la soledad del desierto. Setenta años, confiesa el apócrifo, ha entregado El Que Contempla a la esperanza de ser digno de un prodigio que calme su ansiedad. Ha incurrido en adivinaciones y alquimias, ha leído a los profetas, ha buscado en la contemplación el secreto de la materia y la verdad del mundo. Por negar la redención del hombre se ha visto condenado al desierto. Ya las piernas débiles lo llevan con desconcierto de un lado a otro. Entretiene su flaqueza en recitar proverbios y en murmuraciones de versos donde se cantan misterios de las criaturas que no bastan para contentar el alma. Distráido por esos pobres consuelos, tropieza un día sobre la arena con una alfombra donde está bordada la traza del mundo. Allí suben montes y corren ríos, allí tiemblan mares serenos con sus promesas de viento en las esquinas, que son ángeles sopladores. El caminante se entrega a las seducciones de la arena y, muy cansado, nos cuenta el evangelista, se recuesta. Sus ojos van recorriendo la alfombra, donde hay pueblos y caminos fingidos con hilos de colores. Entre la trama admirable se cuelan oficios de pastores y rebaños, barcos partidos a marear, mujeres que hilan esperando el regreso de las naves, hombres que escriben los acontecimientos antiguos, aves sobre ramas que se columpian con su peso, cazadores que tienden el arco tras un ciervo, niños que buscan en el suelo, doncellas a punto de abrir una ventana. Tan bien traídas están las figuras de la alfombra, que quien las mira las ve como si obraran vivas en la geografía que les destinó el milagroso

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIII, 51 (octubre-diciembre, 2007)

tejedor. Toda la creación contenida en el tapiz tiene la virtud de estar a punto de florecer.

Y, de pronto, el dibujo del mundo parece entorpecido. También en sus amenazas de ejércitos heridores. Los vientos han suspendido su curso y las fuentes contienen sus caudales; un alfarero junta sus manos sobre el torno pero las manos nunca alcanzan el barro; los rebaños se inclinan sobre la hierba sin llegar al alimento; olvida el fuego su oscilación en los hogares y la pluma perdida de algún ave no acaba de tocar la selva que volaba. Tampoco prosperan las sombras sobre el tapiz y El Que Espera entiende que el sol se ha detenido.

Entonces, escribe Ben-Abdelhis, el Hombre siente la levedad del mundo, y ve al cielo juntarse con la tierra y estrellas sin edad que vienen redondas, sosegando el horizonte. El Que Camina se acuerda de sí mismo y se busca en el oriente de la alfombra. Se descubre sobre hilos verdes y blancos como la planta del jazmín. Se contempla a la sombra de una morera, joven, hermoso, recostado junto a una fuente cantora, dueño del tiempo y acaso en paz. De su túnica extrae unas almendras con que deleitarse, y, a punto de probarlas, se ofrece a la vista la idea del mundo sin estorbos y viene después la materia libre de discordias y por fin desfilan las criaturas sin secreto. Con el gusto del almendro quedándose en los labios se oye coro de voces y llega cruzando el arroyo grave procesión de padres eclesiásticos. Portan un evangelio que Ben-Abdelhis reconoce porque trae un revuelo bullicioso de gorriones por encima. Y allí cantan alabanzas los patriarcas y se prueba la redención que manda el cielo como un agua alegre en los oídos.

Unas lágrimas bañan los ojos, que aún alcanzan a ver sobre la alfombra cómo la imaginaria toda está suspensa de un pliegue del tejido; tan solo una arruga que late para que descansa la creación entera, una arruga en la lana por donde una mujer radiante como el alba alumbró un niño entre pajas. Es la hora tercia del día y el desierto crece en fulgores cándidos. Huele el aire como el incienso que se quema en Damasco por honrar el pelo de las madres de varón.

El Ausente, cuenta el evangelista Abdelhis, se incorpora con trabajo hasta quedar de rodillas. Extiende entonces el brazo sobre el tapiz y abre la mano, y estira tembloroso los dedos para tocar el milagro minúsculo que revela el desierto en sus artes de arena. Y el evangelista quiere que el contemplador murmure, como murmuró la tierra cuando sintió el peso del primer hombre,

– «¡Ay, Adán, tú me vienes ahora que he perdido mi novedad y juventud!».

Avisos. Noticias de la Real Biblioteca, XIII, 51 (octubre-diciembre, 2007)